

[Imprimir Página Web](#)

Marruecos-España: relaciones en consulta

Domingo del Pino

ARI Nº 27-2002 - 19.7.2002

El regreso "urgente e indefinido" del embajador español en Rabat, Fernando Arias Salgado, llamado a "consultas" por la nueva ministra de Asuntos Exteriores, Ana Palacio, coloca las difíciles relaciones hispano-marroquíes, ahora por las dos partes, en una "consulta" de imprevisible futuro y duración. A las "consultas" que lleva a cabo el gobierno de Marruecos en Rabat con su embajador en Madrid, Abdesalam Baraka, desde hace nueve meses, se unen las últimas acusaciones de "declaración flagrante de guerra" a Marruecos, formuladas por un portavoz de la Casa Real marroquí con un apresuramiento que comienza a ser recurrente, con motivo de la reocupación por fuerzas españolas del Islote de Perejil el pasado 17 de julio. Calificar de atípicas las actuales relaciones entre Madrid y Rabat, obligados por un *Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación* de 1991, a no recurrir a la fuerza para solventar sus diferencias, es la caracterización más benévola que de ellas puede hacerse.

Antes de esbozar posibles escenarios futuros, es necesario hacer algunas observaciones preliminares. Los últimos siglos de interminables conflictos entre los dos países no parecen incluir ningún precedente que permita suponer que el gobierno español va a obtener de Marruecos las garantías incuestionables que solicita de que el islote de Perejil no será reocupado. Marruecos se acomodará con la presencia española si no puede eliminarla, retrocederá tácticamente si le conviene, pero difícilmente concederá garantías claras y precisas.

Otra observación pertinente es que las relaciones bilaterales, con la excepción de la etapa franquista, siempre han atravesado los períodos de mayor conflictividad cuando los norteños han ocupado espacios importantes de responsabilidad en Marruecos. Por una acumulación de circunstancias, el actual gobierno marroquí es el que cuenta en sus filas con mayor número de personalidades originarias del Norte. Ese importante sector de población marroquí, que es el que más elementos comunes -por no decir orígenes- tiene con el pueblo español, el que con más frecuencia y énfasis proclama la amistad y la fraternidad con España, es a su vez el que más fácilmente se deja llevar por apreciaciones subjetivas y susceptibilidades personales en sus relaciones con los españoles.

Conviene, sin embargo, hacer referencia al bajísimo -por no decir nulo -perfil del gobierno de Abderramán Yussufi, originario de Tánger, en esta crisis de Perejil que viene a confirmar que la confrontación por la pesca, por el Sahara, y por Perejil se ha originado en Palacio y gestionado por el entorno de poder del monarca, militares y ministros bajo su tutela. Por qué Mohamed VI ha demostrado tanta susceptibilidad contra el jefe del gobierno español quizá se deba a que los dos últimos reyes marroquíes han sido muy reticentes a tratar con interlocutores que no consideran homólogos como los jefes de gobierno. A Mohamed VI, además, parece haberle irritado sobremanera que José María Aznar no haya dejado aspectos finales de una negociación al rey Juan Carlos, como hizo como hizo su antecesor, Felipe González.

El fracaso de la misión en España del embajador Abdesalam Baraka, originario del Norte, se debe en buena medida a susceptibilidades e inexplicables desconfianzas que no tuvieron otros embajadores de otras regiones. Una embajada como la de Mati Jorio, por ejemplo, la recuerdan con simpatía españoles y marroquíes. Por susceptibilidades incomprensibles, el embajador Baraka dificultó la firma del Acuerdo de Mano de Obra Temporal, que hubiera facilitado que buena parte de los marroquíes que intentan entrar en España ilegalmente en pateras vinieran con visado. Un exceso de celo hizo que en el año 2001 viera en la solidaridad que una parte de la opinión pública y los políticos españoles vienen manifestando hacia el pueblo saharui desde 1975, una "deliberada hostilidad del Gobierno de Aznar" hacia Marruecos que sus antecesores nunca percibieron. Por desconfianza, contribuyó a la formación en el gobierno marroquí de una opinión hostil a la ratificación del acuerdo de pesca con la Unión Europea. El que otro norteño apasionado como Mohamed Benaissa estuviera al frente de los Asuntos Exteriores marroquíes, agravó las cosas.

Hoy, el sector pesquero marroquí se debate en un auténtico caos que puede hacer del ministro de la Pesca su primera víctima. El gobierno marroquí no sólo ha dejado de percibir las compensaciones que le pagaba la Unión Europea y los armadores españoles por sus licencias, sino que los armadores marroquíes, entre ellos unos cuantos generales del Sahara que poseen entre dos o tres unos 140 barcos de pesca, se muestran esquivos con el fisco marroquí.

Naturalmente que los norteños no son los únicos ni los principales responsables del estado lamentable de las relaciones entre España y Marruecos. Existen legítimas diferencias de intereses, diferencias de criterio, y sobre todo una incómoda vecindad que constituyó, constituye y constituirá, una fuente inagotable de conflictos. Es una realidad que ni Madrid ni Rabat pueden modificar y que les debe obligar a planear sus relaciones contando siempre con esa circunstancia. Llama poderosamente la atención por qué esas relaciones entre norteños y españoles, que a nivel personal son siempre tan reconfortantes y enriquecedoras, fracasan cuando actúan desde o en nombre de los gobiernos.

Existen ciertamente otras circunstancias propias de Marruecos, como el enorme desfase entre los discursos y retóricas oficiales con la realidad que, si bien funcionan para consumo interno marroquí, aunque cada vez menos, resultan inaceptables para los socios europeos y, desde luego para los informadores extranjeros que suelen cubrir la actualidad marroquí. Esa discordancia entre el discurso oficial y la realidad tuvo su último episodio en la presentación marroquí del conflicto de Perejil con España a su opinión pública.

Marruecos tiene un notable record de acciones violentas y utilización de los momentos difíciles de sus vecinos para

lograr sus objetivos políticos, territoriales o incluso personales de sus monarcas. El famoso *statu quo* al que España ha hecho oficialmente alusión con motivo del "caso Perejil", confirmado en la conocida entrevista de Barajas - de 1963 entre Franco y Hassán II- fue aceptado por este último probablemente porque ya tenía en mente lanzar contra la Argelia socialista la famosa "guerra de las arenas" que tuvo lugar unos meses después. Entonces, Argelia era muy activa en la movilización del Tercer Mundo, preconizaba un Mediterráneo libre de flotas extranjeras y un Magreb sin neocolonialismo.

Años antes, con motivo del secuestro en vuelo del avión que transportaba al entonces jefe político de la insurrección Argelina, Ahmed Ben Bella, y otros cinco líderes de la insurrección, los nacionalistas argelinos que entonces luchaban contra Francia culpaban al entonces príncipe heredero Mulay Hassán.

En 1963, los argelinos acababan de lograr la independencia de Francia y aún no habían organizado su propio Ejército nacional. Marruecos reivindicaba los territorios argelinos del Tuat, Gurara, Tidikelt, la Saura, la región de los oasis, y ello está en el trasfondo de la oposición constante entre Argelia y Rabat. De hecho, puede que ésta sea la razón subyacente en el enfrentamiento entre los dos países a propósito del Sahara y de la permanente oposición entre ambos en el Magreb que mantiene al día de hoy paralizada la Unión del Magreb Árabe (UMA).

La solidaridad de una parte importante de la opinión pública española con los independentistas saharauis, que concierne por igual a izquierdas y derechas españolas, tienen mucho que ver con el oportunismo marroquí de plantear con la Marcha Verde y otras numerosas acciones hostiles o violentas su reivindicación del Sahara. La forma, para muchos españoles impropia, en que se llevó a cabo aquella descolonización en favor de Marruecos, que entonces aparecía a ciertos sectores claves de poder españoles y europeos como el contrapeso prooccidental a la Argelia anticolonialista y reivindicativa, no sólo dio lugar a una importante división interna entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Presidencia del Gobierno españoles, sino a una duradera irritación de la España que preparaba la transición democrática.

Cuando España retiró sus fuerzas del Sahara en 1976, las tropas marroquíes entraron a sangre y fuego y se comportaron como un auténtico ejército colonial. Está acreditada la utilización entonces de napalm contra los saharauis y de esa actitud marroquí parte el importante éxodo de población hacia los campos de Tinduf. Cuando tres años después de la salida de España del Sahara, Mauritania, agotada económicamente y presa de una inestabilidad interna en gran medida fomentada por los marroquíes, decide unilateralmente retirarse del Río de Oro que le había tocado en el reparto de 1975, Marruecos lo ocupa y lo anexiona militarmente sin ningún miramiento ni por la ONU ni por ninguna de las partes que hubieran tenido algo que decir.

A causa de sus enormes reivindicaciones territoriales, Marruecos tuvo enfrente a varios países de su entorno y sigue aún hoy en malos términos con todos sus vecinos.

Hasta muy recientemente, el territorio del Sahara occidental estuvo bajo el control directo del ministro del Interior Driss Basri y la supervisión de Hassán II. De las "amables maneras" de ambos pueden dar testimonio los opositores marroquíes y saharauis que sobrevivieron. Varias organizaciones de derechos humanos quisieran, enjuiciando a los militares y civiles responsables de las atrocidades cometidas por el régimen a lo largo de los llamados años de plomo, entre ellos el ministro Driss Basri y una larga lista de generales que figuran en su mayor parte en la cúpula militar actual, que los que perdieron su vida en esos años obtengan una mínima reparación póstuma. A esos altos oficiales del régimen les "persigue" la opinión pública no sólo por esos crímenes que se les atribuyen sino por importantes casos de corrupción en los que creen que están implicados y que la prensa ha denunciado con nombres y datos concretos.

Para muchos marroquíes es este núcleo duro militar, en el que destacan y compiten los dos hombres fuertes del régimen, el general Hamidu Lanigri, jefe de la DST (Vigilancia del Territorio) y el general Hosni Benslimane, jefe de la Gendarmería Nacional y otros como Abdelazis Bennani, jefe del Ejército del Sur (Sahara) o el expatrón de los Servicios Secretos (DGED), Abdelhak Kadiri, el que acapara toda la influencia en el entorno de un rey que para colmo ha licenciado a la mayor parte de los experimentados consejeros civiles de su padre para sustituirles por compañeros de colegio.

Numerosos intelectuales marroquíes y algunos medios de prensa consideran que son esos militares, secuestrando en cierta manera el poder real, quienes han impedido el viraje democrático que había prometido Mohamed VI, en buena medida para evitar situaciones democráticas que hubieran podido llevar a su encausamiento. Lanigri, en particular, es, según algunas fuentes marroquíes, el impulsor de la ocupación de la Isla Perejil.

Mohamed VI ha defraudado a los marroquíes que, tras casi cuarenta años de poder dictatorial de Hassán II, tenían sus esperanzas puestas en una transición como la española. La situación interna es hoy explosiva, con un islamismo que gana a diario parcelas de popularidad y con una cúpula militar que ve en ello una inesperada oportunidad de reivindicar un mayor protagonismo político. En un periodo electoral como el actual de Marruecos, con elecciones legislativas previstas para septiembre, la prensa ya ha recogido el sentir de los militares, a quienes Hassán II había prohibido votar y que ahora afirman que, aunque no vote, el "establishment" castrense tiene "algo que decir" en el futuro político inmediato marroquí.

Pero el poder califal actual que la Constitución concede al rey Hassán II no sólo está bajo la "tutela" de los militares, sino que es cuestionado, por razones diferentes, desde la izquierda marroquí y desde la propia familia real. La izquierda ha logrado poner en pie a un grupo de partidos que aboga por una Constitución democrática y no otorgada que limite los poderes del monarca. El príncipe Mulay Hicham, primo del rey Mohamed VI, ya había causado sensación hace años al escribir que la monarquía marroquí tenía que cambiar su forma de gobernar si quería sobrevivir. Más tarde, y en medio de persistentes rumores de que a Mohamed VI tampoco le interesa demasiado gobernar, había sugerido la posibilidad de un pacto de familia al estilo saudí, en que el rey delega a sus familiares parte de sus poderes constitucionales.

Una encuesta pasada de la Fundación Abderrahim Buabid que indicaba que el 70 por cien de los marroquíes desee emigrar revela sin mayor discusión el estado de ánimo de la nación. El propio rey con sus dispendios y la imitación de que es objeto por la clase dirigente, que, como están demostrando los escándalos administrativos denunciados por la prensa en estos días, cae con una singular voracidad sobre el presupuesto público, no ayuda a transmitir confianza en el futuro a los marroquíes. A principios de su reinado, cuando Mohamed VI era aún llamado - sin

ningún motivo- "el rey de los pobres", circularon rumores, probablemente dirigidos, de que iba a devolver parte de la veintena de palacios puestos a su disposición a lo largo y ancho de la geografía del país y mantenidos muchos por el contribuyente y el erario público. Esos palacios no sólo no han sido devueltos, sino que el joven rey Mohamed VI se construye otros dos en la actualidad, uno en Rabat y otro en Marrakech.

Pero con el fisco no sólo son renuentes los armadores de pesca antes mencionados y otros muchos importantes personajes del reino. Lo es también y por concesión graciosa del rey Hassán II que nadie se ha atrevido a derogar, todo el sector agrícola marroquí. Los agricultores en Marruecos, grandes, medianos y pequeños, no pagan impuestos. Para un país en el que la agricultura aporta el 60 por cien del PIB, que los agricultores no paguen impuestos representa un enorme perjuicio para su Hacienda.

Cuáles son los escenarios previsibles de las relaciones entre España y Marruecos es difícil de precisar, pero no está descartado que Marruecos llegue a plantear el caso del islote de Perejil ante el Tribunal Internacional del Justicia de la Haya. Ello le permitiría, sin presentar abiertamente el expediente de Ceuta y Melilla, intentar sentar un precedente que podría querer hacer extensivo por extrapolación a los otros islotes españoles del Mediterráneo y quién sabe si a Ceuta y Melilla. El escenario que ha comenzado a diseñar se parece a otros del pasado: movilización primero de todos aquellos conjuntos regionales o países que pueden apoyarle, como la Liga Árabe, la Conferencia Islámica, Estados Unidos y Francia.

La única objeción al respecto es que los marroquíes nunca abren varios frentes al mismo tiempo y por el momento el del Sahara es prioritario para ellos. A pesar del apoyo expreso de Francia y Estados Unidos al Plan Baker, el Consejo de Seguridad, que debe pronunciarse sobre ello de nuevo a fines de este mes de julio, puede bloquear esa iniciativa por la oposición de Rusia y China. La Unión Africana, que Marruecos abandonó precisamente a causa del Sahara, ha sido siempre, como un buen número de países del Tercer Mundo, muy sensible a la argumentación de Argelia y del Frente Polisario en favor del referéndum de autodeterminación.

En esa perspectiva temporal cabe esperar un recrudescimiento de los intentos de asfixia económica de Ceuta a través de impedimentos para que esos 30.000 marroquíes que diariamente entran en la ciudad sigan haciéndolo. Las autoridades locales ya han informado de un descenso, este año, de la recaudación por los impuestos locales cercano al 20 por cien, consecuencia a su vez de la disminución de la actividad comercial. Se trata, no obstante, de un sector en el que Marruecos no puede presionar mucho porque de ese tráfico con Ceuta depende la subsistencia de unas cien mil familias en el Norte del país.

Las empresas españolas pueden sufrir las consecuencias de la crisis, pero algunas ya sufrían antes de Perejil a causa de la inseguridad jurídica que rodea a sus actividades, de la complicación administrativa marroquí y de otros imponderables de difícil previsión. A pesar de todo, trabajar e invertir en Marruecos siempre ha resultado interesante; los dos países no pueden dejar de ser vecinos y sus respectivos gobiernos tendrán necesariamente que ser sensibles a esas circunstancias.

El Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos es una fundación privada e independiente cuya tarea es servir de foro de análisis y discusión sobre la actualidad internacional, y muy particularmente sobre las relaciones internacionales de España. El Real Instituto Elcano no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los documentos firmados por sus analistas o colaboradores y difundidos en su página web o en cualquier otra publicación.

© Fundación Real Instituto Elcano 2011

Subir ▲